

Diario de China

Matías Núñez, joven investigador literario de las escrituras íntimas poslevrerianas, doctorado en la Universidad de Salamanca, profesor de lengua en la ORT, inminente narrador y, antes de todo eso, colaborador de estas páginas culturales, se fue a enseñar a China. Hace meses que está en el más lejano Oriente –en la frontera con Rusia, al norte– enseñando español. De esa experiencia surge este diario escrito con la levedad que anunció Calvino para la literatura del próximo milenio. Ese que ya llegó tanto en China como en Uruguay.

MATÍAS NÚÑEZ

MIS ALUMNOS de español me invitaron a comer algo que llamaron “asado chino”. Sabiendo que vengo de Uruguay, creo que su traducción demuestra lo preocupados que estaban por darme alguna referencia cultural que yo pudiera entender. En realidad se trata de *brochettes*: de carne de cordero, de cerdo, de vaca, de estómago de pollo, de calamar... Para acompañar las *brochettes* pedimos una sopa muy picante donde flotaban unos trozos de pescado, algas y fideos. Ante mi falta de habilidad con los palitos, uno de los muchachos, muy solícitamente, intentó atrapar para mí alguno de los ingredientes del cuenco de sopa que estaba en el centro de la mesa. Para mi sorpresa, él también fracasó. Enseguida mis otros dos alumnos se levantaron de sus sillas y cada uno, provisto de sus respectivos palitos, intentó capturar un fideo, un alga, algo. Luego de infructuosos intentos en los que indefectiblemente los ingredientes



Junto al Buda

se resbalaban de sus pinzas y se zambullían en la sopa salpicándonos a todos, entre los cuatro acorralamos un pedacito de pescado contra las paredes del cuenco de sopa y lo movimos hasta mi plato como si fuera una estrella de rock alzada por una multitud en un concierto. No pude

reprimir una sonrisa que alguno de ellos detectó y cortó enseguida diciéndome: “Con un tenedor *tampoco* hubiera sido más fácil”.

Luego de la comida, me sorprendió que mis acompañantes pidieran unos ajos y comenzara tragárselos como si fueran píldoras. Pregunté si ese era un postre habitual en China y me dijeron que en China no se acostumbra comer postre, que el ajo es bueno para matar las bacterias del “asado chino”.

La Unidad 731 es uno de los siniestros vestigios que dejó la ocupación japonesa en China. Ubicada en las afueras de Harbin, la instalación militar fue utilizada por Japón para desarrollar armas químicas durante la Segunda Guerra Mundial. Los experimentos realizados sobre la población civil por los científicos del emperador Hiroito sintetizan de forma obscena la estrecha alianza que se puede llegar a establecer entre ciencia y horror. A la entrada del antiguo edificio que ahora funciona como museo, una escultura muestra de forma sencilla y elocuente las contradicciones de la modernidad: la figura de un hombre ataviado de civilizado frac y levita confronta al visitante. Si se observa con detenimiento, un espejo ubicado a espaldas de la estatua devuelve la imagen de un reverso que, en cambio, viste un rígido, pero

también muy civilizado, uniforme militar.

El budismo nació en India y su parafernalia está impregnada de todo el color y los olores con que los sentidos son capaces de ser arrebatados. Como ocurre con las religiones cosmopolitas, algunas parroquias alejadas de su matriz inevitablemente tergiversan los desiertos bíblicos en selvas tropicales o incluso en abetos adornados con dudoso buen gusto. Este último invierno, la variante harbinesa del budismo me puso delante una enorme escultura del sabio esculpida en hielo. Me cuesta explicar cómo su característica sonrisa logra contagiarme el gesto a pesar de sus labios helados. Y gracias a las campanas que cuelgan de las vigas de los templos, si sopla el viento, también es una alegría.

El turismo doméstico es otra de las novedades que ha permitido el vertiginoso desarrollo económico que vive “el gigante asiático”. Vastos sectores de la población, por primera vez en generaciones, salen de sus pueblos y se lanzan hacia esos destinos de China que recomiendan todas las guías turísticas. En estos lugares, por lo tanto, confluyen viajeros de todas partes del mundo con multitudes de visi-

tantes chinos que jamás han visto a un occidental en persona. De este modo los chinos dividen su interés en fotografiar La Ciudad Prohibida y observar sin disimulo qué hace ese extranjero que visita La Ciudad Prohibida, qué come, cómo camina, qué le resulta interesante y qué no, de qué marcas son su teléfono y sus zapatos... Los menos tímidos le pedirán al extranjero para sacarse juntos una foto.

La consecuencia de todo esto es que, además de sentirme un poco “cosificado”, últimamente cuando me miro al espejo por la mañana no puedo evitar un inusual impulso de tratar de identificar las características “exóticas” de mi nariz, mis pómulos, mis labios (y ya se pueden imaginar la cantidad de gestos ridículos que suponen esta serie de indagaciones científicas). Lo que me resulta un poco triste es el hecho de que al mismo tiempo que descubro todo el exotismo que habitaba en mí, también es la primera vez que tomo conciencia real de los millones de tipos que andan por el mundo repitiendo las mismas líneas de mi cara, mi pelo... Claro que al rato, cuando salgo a correr por el parque, noto que algunos corredores me adelantan con el único objetivo de poder observarme mejor. Cuando quien me adelanta con estas intenciones es una chica bonita, me olvido de fundamentar semejantes halagos.

Mientras hacíamos la sobremesa con mis alumnos, comiéndonos unos cuantos ajos, conversamos sobre cuáles eran sus planes para después de su graduación. Uno de ellos irá a trabajar como traductor en una empresa petrolera de Venezuela; otro irá a Guinea Ecuatorial a trabajar –no sé de qué– en una compañía de electricidad; finalmente, el tercero me dijo que estaba por entrar en la Agencia de Seguridad del Estado. Le pregunté para qué podían necesitar a un licenciado en español en una institución como esa y, para variar, también intenté hacer una de mis bromas que terminan siendo desafortunadas: “En el futuro, cada vez que escriba un correo electrónico trataré de recordar que debo saludarte”. Si bien se empezó a reír sin culpa, enseguida mi alumno se recompuso y me contestó muy serio: “Eso sólo pasa en Estados Unidos”.

A efectos de contrarrestar el pudor que me invade cuando un desconocido me aborda en la vía pública para sacarse una fotografía conmigo, he decidido cargar con una cámara siempre que me sea posible. De este modo, he comenzado mi propia colección de fotos de “gente que me quiso fotografiar”. La mayoría lo celebra y casi todos lo agradecen sorprendidos. Mi favorita es una en la que estoy rodeado de media docena de niños; todos estamos gritando y lanzando un golpe de kung fu hacia la cámara. ■